

Como citar:

Zuluaga Gómez, R. D. (2017). Festival Internacional de Teatro de Manizales 1968-2018: Festival años sin cuenta. *Revista Colombiana de las Artes Escénicas*, 11, 169 - 179

FESTIVAL INTERNACIONAL DE TEATRO DE MANIZALES 1968-2018: FESTIVAL AÑOS SIN CUENTA*

MANIZALES THEATER INTERNATIONAL FESTIVAL 1968-2018: FIFTY YEARS

Rubén Darío Zuluaga Gómez**

*** Magíster en Filosofía,
Universidad de Caldas.
Docente del Departamento
de Artes Escénicas,
Universidad de Caldas.
Manizales, Colombia.
E-mail: ruben.zuluaga@
ucaldas.edu.co*

RESUMEN

El artículo realiza una mirada crítica al Festival Internacional de Teatro de Manizales en su cumpleaños número 50. Procura desarrollar algunos puntos de vista que abarcan la relación del Festival con la ciudad, con la Universidad de Caldas, con los grupos locales y nacionales, además del vínculo personal del autor del artículo con este evento teatral. Es una reflexión que intenta explorar un tema tabú en el medio cultural de la ciudad, donde solo puede elogiarse o exaltarse de manera acrítica el efecto cultural del evento en la región, y donde existe una prohibición implícita en los medios y en las personas para emitir cualquier tipo de crítica que podría afectar a un festival que, al parecer, persiste como un milagro en la región.

PALABRAS CLAVE

Festival de teatro, 50 años, ciudad, cultura, crítica.

ABSTRACT

The article takes a critical look at the International Manizales Theatre Festival on his 50th birthday. It seeks to develop some points of view that cover the festival's relationship with the city, with the University of Caldas, with local and national groups, as well as the personal link of the author of the article with this theatrical event. It is a reflection that seeks to explore a taboo subject in the cultural environment of the city, where only the cultural effect of the event in the region can be praised or exalted, and where there is an implicit prohibition on the media and people to broadcast any kind of criticism that could affect a festival that apparently persists as a miracle in the region.

KEY WORDS

Theatre festival, 50 years, city, culture, critics.

* Recibido: 15 de noviembre de 2017 - Aprobado: 30 de noviembre de 2017.

INTRODUCCIÓN

Quiero referirme, en este artículo reflexivo, al Festival Internacional de Teatro de Manizales en sus 50 años de existencia. Mi intención es, espero lograrla, sopesar diferentes puntos de vista, sin sesgar la mirada hacia algún extremo. No quiero hacer un elogio desmesurado, ni referirme a sus promotores como superhéroes (caso Fanny Mikey en Bogotá), pero tampoco dejar de reconocer el trabajo obcecado de sus promotores, la osadía y la importancia que ha tenido y tiene para el desarrollo cultural de la región y el país. Es característico que sobre este tipo de eventos de larga data ya se haya dicho todo y no quede más que replicar lo dicho, sumarse al unanimismo predicado desde todos los medios y sacrificar la posibilidad de análisis que pueda desprenderse de un evento que, como organismo vivo, tiene sus *bemoles*.

Digamos de paso que este tipo de eventos son, en esencia, financiados por el Estado y, por lo tanto, se van convirtiendo en símbolos de identidad, democracia y desarrollo. Se incluyen en programas de gobierno y, por lo tanto, son investidos de cierta *oficialidad*. Es decir, este tipo de realizaciones se vuelven parte del establecimiento, suplen algunas obligaciones de gobierno ligadas al desarrollo cultural. Y se vende el evento a nivel interno y externo del país, por su carácter masivo, su gran publicidad, su componente turístico y su imagen de aceptación.

En general, podría decirse que hay consenso en relación a lo que aportan los

eventos llamados *culturales*: festivales, ferias, reinados, corridas, conciertos y otros programas masivos que garantizan la asistencia popular. Los gobiernos comprometen su imagen con el apoyo a estos eventos y estos a su vez se ligán con las políticas oficiales. Nadie espera que el Estado financie posturas que lo ataquen o lo cuestionen. Ya tenemos el ejemplo de la primera época del Festival, cerrado por lo que llamaron la ideologización, los catecismos políticos, la intolerancia, entre otros. Nunca lo hubieran cerrado por un tipo de ideologización proclive al sistema, que es lo que pasa ahora con todos los eventos: la violencia en los estadios (los muertos son tolerables, no la disidencia con el sistema), la venta de licor, la música de despecho, el maltrato animal, la comercialización y la rentabilidad económica, como principio obvio en cualquier movimiento cultural. La ideologización que el Estado no permite es la que lo cuestiona, lo critica: la violencia, unos cuantos muertos. La rentabilidad económica, por encima de la función cultural o social, no afecta la estructura del sistema, desarrolla el capital, por lo tanto, es una ideologización positiva para el sistema.

Con base en lo anterior, podría decirse que los eventos que contribuyen con las razones de Estado tienen que entrar en sus modelos, sus planes y ajustarse a sus exigencias de tipo ideológico. Porque ideología no es solo lo que está contra el Estado, sino también la filosofía que lo mantiene. Como lo que importa es una mirada particularmente dirigida al Festival de Teatro, me pregunto por sus primeras intenciones culturales y si, 50 años después, han cambiado los objetivos de su permanencia. También, es

necesario revisar las condiciones que lo hacen repetirse año tras año.

MI RELACIÓN PERSONAL CON EL FESTIVAL

Llegué de un pueblo de Caldas (Aranzazu) a Manizales siendo un niño, en 1968, año de cambios en el mundo (París, Vietnam, México, Manizales, entre otros). En aquella época, el evento se tomaba la ciudad, casi con la atmósfera de una feria o un carnaval popular. Luego, en su segunda época, tuve una vinculación muy estrecha con el Festival, desde 1989, cuando regresé a la ciudad después de una estadía de varios años en Medellín. Entré a hacer parte del elenco del TPM (Teatro Popular de Manizales). Desde 1994 y hasta 2006, estuve como colaborador del periódico *Textos Escénicos*, que se edita durante la realización del evento. Además de haber coordinado los “Eventos Teóricos” durante algunos años, haber participado como ponente en algunos congresos y como crítico invitado por el diario *La Patria*, durante 10 años, para hacer una sección denominada “Pulso Crítico” entre los años 2001 y 2011 en la época del evento.

Desde la fecha de mi vinculación hasta el presente, nunca he parado de asistir a los eventos anuales y en ellos he trabajado como crítico e investigador teatral, colaborando con publicaciones en revistas, periódicos, programas televisivos y radiales. Yo me confieso hijo teatral y cultural del Festival y, a partir de él, la ciudad adquirió sentido para mí. No hubiera podido el movimiento teatral de Manizales, por sí solo, haberme dado el capital cultural que adquirí a partir

de la asistencia a 30 años de teatro nacional e internacional. Y no puedo desconocer el afán, que en sus inicios y a partir de mi vinculación, tuvieron para conmigo los directivos del Festival al involucrarme a la producción. Encargos a los que era renuente, por mi interés primordial de ser espectador y participar activamente en los desarrollos teóricos del Festival. Por intermedio del mismo, asistí a algunos eventos nacionales e internacionales, incluso, alguna vez, fui oficialmente delegado como seleccionador de obras.

EL FESTIVAL Y SU RELACIÓN CON MANIZALES

Hace 50 años Manizales era una ciudad de políticos, intelectuales y personalidades que por alguna razón veían en la cultura y en el teatro algo muy importante. Ellos fueron capaces de crear una gran infraestructura como el Teatro Fundadores, y tenían una gran intuición y amor por el arte. El Festival nació al calor de una burguesía ingenua –que no sabía que estaba engendrando un pequeño monstruo–, apoyada en las posibilidades teatrales de la época: el Teatro Universitario, movimiento de jóvenes en una época convulsionada, subversiva e idealista. Época imposible para el teatro de la complacencia, que pretendiera mostrar el paraíso en la Tierra, característica de un teatro burgués, para el cual la tragedia y el drama solo suceden en el escenario, pero con la asepsia suficiente para no involucrarlo con la vida misma y menos con la política y el Estado imperante.

Si en 1973 se cerró el Festival por su alto nivel de ideologización, esto sucedió

porque había principios idealistas, románticos, que terminaron siendo ideológicos. Tuvo que cerrarse durante 10 años para que luego llegara purificado, sin la contaminación de la política, es decir, sin la política contraria al Estado. La garantía de una poesía encapsulada en recetas más seguras, pura metáfora: pequeñas piezas surrealistas que pudieran hacer soñar también a los burgueses, sin el temor de perder sus privilegios.

¿Qué interés tenían en el teatro o en la cultura estos señores importantes y estas señoras distinguidas de la ciudad de ese entonces? Seguramente estaban interesados en el espectáculo teatral, en las grandes coreografías de la danza, en los formatos melodramáticos o en las referencias literarias, en recuperar para el escenario el arte clásico griego tan bellamente plasmado en las enciclopedias universales. No estarían pensando en el poder subversivo del arte y su peligrosa relación con la realidad, no solo social sino también individual. No estarían pensando en el teatro como interés público o como posibilidad de exorcizar los fantasmas, o de provocar la famosa *catarsis* que señaló Aristóteles en su *Poética*. Tampoco estaban pensando en el capital cultural que puede ir capacitando una comunidad para exigir “buen teatro”, si es que un Festival puede generar expectativas distintas de las que el mismo ofrece. Pues, de acuerdo a la experiencia, en Manizales los espectadores asisten masivamente a la programación – que hace la dirección artística del Festival– sin importarles su nivel artístico, estético o ideológico.

Cuando los festivales cumplen mayoría de edad y tienen demasiada experiencia, mucho cálculo y madurez, pierden el romanticismo, los idealismos y el sentido de la programación inicial. Entonces, deja de ser importante la capacidad de diálogo, se vuelve a un pragmatismo que mata aquello que lo hizo famoso: la identidad latinoamericana, los foros, la unidad de los pueblos, los eventos teóricos, los desfiles inaugurales, el teatro es la calle y otras virtudes del pasado.

Como planteaba José Monleón, con relación a los festivales: “Los intelectuales, los especialistas, son desplazados por los gestores económicos. El número de espectadores sustituye el juicio crítico. La deseable presencia del público se constituye en el objetivo exclusivo. Y todo ello en el marco de discursos sociopolíticos, que reducen el individuo a ciudadano consumidor, la solidaridad a la competitividad implacable, la verdad al éxito. ¿Cómo no iban a estar afectados los festivales por estos cuadros ideológicos?”.

Estos son algunos de los vicios de los festivales en el mundo. En Latinoamérica nos venden la idea de que las juntas directivas no están ideologizadas, que son apolíticas, que son amantes del “arte por el arte” y que son “humanistas”, por lo menos esto es lo que proclaman en sus retóricas. Allí, lo que llaman “arte”, que no siempre lo es, cumple una función eminentemente ideológica, con la cara maquillada de apolítica y desideologizada: buena manera de vender y de gestionar “el arte” para la inmovilidad y el estancamiento social.

Cincuenta años después se acabó el idealismo, el sentido de justicia, la hermandad latinoamericana, el diálogo y las quimeras. Ahora, las estéticas no conspiran para derrocar al gobierno, sino que cumplen estándares para participar en ruedas de negocios. Ahora, las políticas de Estado determinan las convocatorias de los festivales, léase la Paz, la Reconciliación. Pero si la línea del Estado fuera otra, esta sería la fomentada por el Festival, obvio, pues es quien lo financia y marca su ideología. Cincuenta años después han cambiado mucho las cosas, no podríamos esperar que fuera diferente. Ahora, la tecnología, la postmodernidad, la sociedad de consumo, han determinado y beneficiado la supuesta desideologización y apolitización de los eventos.

RELACIONES DEL FESTIVAL CON LOS GRUPOS LOCALES Y NACIONALES

El criterio de selección de grupos para el evento es responsabilidad de la Junta Directiva, por lo tanto, es particular, coyuntural y no es de dominio público. La Junta no tiene ninguna obligación con nadie, ni con los buenos, ni con los malos. En esa medida, sus relaciones son irregulares con todos los grupos. ¿Quiénes vienen entonces? Seguramente hay criterios de calidad, de conveniencia, “yo te traigo y tú me llevas”, de amistad, y muy seguramente de empatía en el juicio estético. El concepto de arte articulado a las *ruedas de negocios*, la circulación, los públicos festivaleros, definen esa conveniente relación que puede dejar mucha frustración en alguna parte del público. Obviamente, hay un mayor cuidado en la programación internacional, pues los grupos locales y nacionales

pierden interés de intercambio y, con estos, los criterios cambian y observamos menos constancia en las invitaciones. La única manera de forzar una importante muestra de los grupos locales y nacionales es que haya cláusulas en los apoyos para que se realice, bien sea del Ministerio de Cultura o de algún gerente de la oficialidad en Manizales que se aparte del criterio general. También, es posible ver una amplia muestra cuando el déficit del Festival llega a sus límites, entonces caben todos, hasta los grupos comunitarios.

En general, cada año queda una gran frustración, cuando se quiere ver la mejor producción a nivel de las grandes ciudades colombianas. Esa programación está más ligada a afectos personales, relaciones de coyuntura, que a razones de desarrollo estético y teatral. Algunos de estos importantes grupos colombianos se ven, más fácilmente, en otros festivales del mundo, que en el Festival de Manizales. Es importante entender que el concepto de “calidad” es muy subjetivo y que con esa impronta se expresan otro tipo de catecismos, otro tipo de ideologías. Ningún criterio de programación es inocente o transparente, siempre corresponde a algún tipo de conveniencia.

En Manizales los presupuestos para el teatro y, en general, para la creación en artes son pírricos, y en teatro se justifica más su “minimalismo”. Lo que les da caché a los gobernantes son los grandes eventos y están convencidos de que apoyar el teatro local es una pérdida de recursos. Eso les alimenta el espíritu manizaleño arribista y superficial del gran espectáculo. En consecuencia, los jóvenes en la ciudad

sienten que no es importante dedicarse al arte, porque lo más trascendente siempre es lo que viene de afuera y se paga en dólares. Por ello, en Manizales no hay público para el teatro local en época distinta al Festival. De esto nos es responsable el evento de manera directa, pero es una consecuencia real, al contrario de la “verdad” que se vende como publicidad del Festival, diciendo que crea público para el teatro local.

Lo cierto es que, como política de Estado en Colombia, los presupuestos importantes se los llevan las compañías extranjeras, pues en Manizales se aprendió al pie de la letra lo que pasa en Bogotá, donde a Fanny Mikey (q.e.p.d.) le daban todo el presupuesto del país para que se lo llevaran las compañías foráneas y a los grupos de Bogotá les tocaba pelear por las migajas. A raíz de ello, no se desarrollan los grupos locales, y los extranjeros giran por el mundo y los programadores con ellos, en excelentes empresas muy rentables, aunque sus eventos estén en déficit. Sin embargo, buena parte de esos presupuestos son públicos, por lo menos en Colombia. Algunas de esas compañías, sin duda, son expresión auténtica del arte, pero es sospechosa esa posibilidad, de ciertos productos, muchos de ellos denominados *festivaleros*, de girar por el mundo y otros, en su mayoría, enfrentados al estancamiento en sus localidades.

Con el argumento de la “calidad” muchas veces no se invitan grupos locales y nacionales, pero son verdades a medias porque en la misma programación de esos eventos pueden verse grupos que se traen por algún tipo de conveniencia *festivalera*,

pues en términos de “calidad” por lo menos la crítica hace una evaluación diferente. Durante largos períodos no pueden verse los mejores grupos del país y es una gran frustración para propios y extraños, pues ¿quién no quiere ver en Manizales a los grupos: La Candelaria, Matacandelas, Hora 25 y otros más?

Es importante anotar que hay una gran posibilidad de formación estética en el hecho espectral y que el gran público, y los artistas, derivan de allí un gran conocimiento y una experiencia directa. Sin embargo, los gobernantes creen cumplir su función con la cultura de un pueblo ofreciendo eventos, para ellos eso es democracia y desarrollo. Pero el gran salto hacia la creación, hacia la creatividad propia, les parece menos importante y seguramente peligroso, pues ya tienen los eventos y la publicidad necesaria. A los políticos y a los gestores no les importa el desarrollo del arte local, pues no aporta dividendos financieros ni electorales.

EL FESTIVAL Y SU RELACIÓN CON LA UNIVERSIDAD DE CALDAS

La Licenciatura en Artes Escénicas de la Universidad de Caldas fue creada en 2002 y, con anterioridad, hubo programas de extensión en formación teatral. Dichos programas, en sus inicios, estuvieron muy vinculados a la organización del Festival, pues ella por sus contactos y relaciones internacionales pudo señalar los especialistas idóneos y, en general, contribuir a la creación del programa en sus muy diversos aspectos. Es también pertinente afirmar que la tradición teatral

creada por el Festival generó el ambiente propicio para que desde la academia se tomará en serio el proyecto y, después de muchos años de insistencia, lograra tener el *Registro calificado*, además de una *Acreditación en Alta Calidad* entregada en 2013 por el Ministerio de Educación Nacional.

En el presente, la Licenciatura en Artes Escénicas es un programa muy consolidado, con más de 20 profesores, 4 de ellos con doctorado en teatro, 6 con maestría y otra cantidad importante en vías de obtener su título de posgrado. En cuanto al estudiantado, se tiene un promedio de 40-45 inscritos por semestre y, en la actualidad, más de 200 egresados que como pedagogos y creadores hacen sus labores en todo el territorio nacional.

Asimismo, el programa de teatro tienen su propio Festival Internacional de Teatro Universitario, realizado durante 13 años, en el cual se hace énfasis en la formación a través de congresos, foros, desmontajes. Una importante vocación académica y completamente independiente de organizaciones diferentes a la academia.

Si bien, en sus inicios, los directivos del Festival de Teatro de Manizales, especialmente Octavio Arbeláez, estuvieron muy vinculados con la formulación y el planteamiento del programa, luego en su desarrollo hubo una independencia total, con leves acercamientos y contactos esporádicos, e invitaciones a la programación del evento según propuestas escénicas que a juicio del Festival tienen la “calidad”

y el merecimiento de ser invitados. Obviamente, en su desarrollo, tanto en el programa académico como en el evento teatral se han definido objetivos de trabajo muy distintos. El programa académico lo que hace es formar estudiantes a través de un pensum, para luego darles un título profesional, y el Festival lo que hace es programar un evento durante una semana cada año.

En consecuencia, con lo anteriormente expresado, queda definido que las dos instituciones tienen objetos muy distintos. Una en su carácter académico y profesional y, la otra, como programador de un evento internacional de carácter privado y sujeto a una dinámica de coyuntura, que ha permanecido durante 50 años. Sin embargo, hay quienes piensan que la vinculación debería ser más fuerte, que la academia debería acompañar más al Festival en aspectos como eventos académicos y, en general, en aspectos de carácter teórico o conceptual, sobre todo teniendo en cuenta el nivel de formación de los docentes del programa universitario. Así como la Junta del Festival define el criterio de “calidad” de los espectáculos que contrata, de la misma manera define lo conveniente en términos extra-artísticos y de formación que puedan acompañar al evento anual. Es de anotar que algunos docentes y estudiantes, del programa de teatro, participan en la realización del Festival, pero son contratados a título personal y asumen la identidad que corresponde a la logística del evento.

LO QUE APORTA A LA CIUDAD... LO QUE SE LLEVA DE LA CIUDAD...

El Festival Internacional de Teatro de Manizales no tiene una tradición popular, sino institucional. Es decir, al pueblo le programan eventos callejeros y a ellos asiste masivamente, otras personas tienen acceso a las salas y a los eventos académicos, pero la programación es responsabilidad de una Junta, que se elige de manera selectiva, según los estatutos de la Asociación, y así funciona desde hace 35 años. El Festival es una ONG cultural. Según sus intereses, hace una programación anual. Consigue los recursos a través de una gestión seguramente muy difícil, pero también se los gastan según su libre albedrío. Puede tomar la decisión de hacer una invitación amplia a nivel local o no, o también podría ser que algún gerente descarriado no apoye con los recursos necesarios o exija participación de los grupos de la ciudad. Lo cierto es que las compañías extranjeras le dan mejor imagen al Festival y le permiten sostener sus relaciones internacionales, pues a nivel local y nacional no es muy atractiva la programación, a no ser que sea por conveniencia y empatía en la gestión.

Tal vez es imposible racionalizar lo que se aprende en un Festival, lo que le deja a una ciudad en términos simbólicos. Es un momento de síntesis emocional. En el arte hay conocimiento, estamos frente a una verdad que no puede medirse objetivamente y que ningún método puede sistematizar. Lo que se aprende a través del teatro es mediado por la emoción, en otras lógicas no principalmente racionales. Nos conectamos con el teatro por medio de la intuición, con la misma que el artista crea, por eso entran en juego otros saberes, el mundo interior. La poesía nos pone frente a la tragedia, nos permite evidenciar lo que

ya sabemos, pero puesto en el lenguaje, comprendido en términos analógicos que actualizan acontecimientos del pasado, que se repiten y vuelven a la conciencia por la necesidad humana de no olvidar lo trascendente.

En los años 60 y 70, de inicios del Festival, la identidad del teatro latinoamericano era más bien ideológica. Eran lenguajes propios, populares si se quiere, contestatarios, radicales en sus posturas, comprometidos en sentido ético, que buscaban intencionalmente un sentido crítico hacia lo social. Ahora el teatro se quitó el yugo ideológico, se volvió libre de conceptos, credos políticos y catecismos. ¿A qué se dedican hoy los grupos y las estéticas? Cambiaron las ideologías por las ruedas de negocios, el compromiso ético por “sálvese quien pueda”. Y para complementar el panorama, el recurso económico es válido venga de donde viniere, porque ya no hay verdades, no hay parámetros: ahora la ley es la circulación, la rentabilidad y la gestión productiva.

PROMESAS Y AUGURIOS DEL FESTIVAL

Así planteaba el crítico norteamericano George Woodyard, la importancia del Festival desde su nacimiento: “El primer festival universitario de teatro, celebrado en Manizales en 1968, puede considerarse un evento clave en la nueva orientación del campo. Ese año tiene significado especial a nivel global por las manifestaciones estudiantiles en París, el asesinato de Martin Luther King y Robert Kennedy en Estados Unidos y la masacre de Tlatelolco

en México, todos relacionados en cierto sentido con My Lai y otras dimensiones de la guerra en Vietnam”.

Realmente, la creación del Festival responde a una ola de tipo cultural y social que atraviesa los continentes, y Manizales fue sensible a su influencia. Y esa primera iniciativa caló más a nivel internacional que festivales anteriores como el realizado en Cuba que, por obvias razones de intervencionismo internacional, no tuvo el mismo desarrollo que el nuestro.

Desde sus inicios, en 1968, las altas personalidades, entre ellos Pablo Neruda, Ernesto Sábato, Miguel Ángel Asturias, José Monleón, Grotowski y otros, convirtieron el Festival en una señal de los buenos tiempos, en algo premonitorio que anunciaba el paraíso para el futuro, en los augurios del desarrollo teatral y cultural de Latinoamérica. Ramiro Osorio, Sergio Vodanovic –inventor de “la sabia locura Manizaleña”–, el expresidente Belisario Betancur y casi todas las personalidades, que conocieron o asistieron a los inicios de la segunda etapa del Festival, se referían al evento en términos elogiosos y con excelentes presagios.

¿Será que hoy, 35 años después, podríamos decir que todas esas maravillas, que se decían del Festival y que aún hoy parecen sostener su imagen, son tan reales? Esas personalidades se referían al evento en términos de unidad latinoamericana, de lenguajes comunes, de identidad propia o faz propia. Belisario, expresidente de Colombia, hablaba de esparcimiento y reflexión. También, se hablaba de su énfasis

en los talleres de formación, de su desfile inaugural, del famoso lema “La calle es el escenario” y de otras características más ligadas a la celebración popular. Todo se fue menguando o se perdió a través de los años.

Es una verdad de Perogrullo decir que en el arte cabemos todos, que el arte logra lo que no logra la política, sin embargo, son cualidades del arte, pero no de los eventos. Y al parecer, al hablar de los eventos, les estamos aplicando la cualidad del arte. Los eventos requieren gestión y no tienen que ser realizados por artistas. Además, mucho de lo que se programa puede tener la fachada de arte, supuestamente desideologizado y donde muchas veces “el negocio”, convertido en arte, pone a circular los espectáculos por los festivales. Son gestores visionarios de la economía, con fórmulas precisas para los espectadores, espectáculos sin identidad, light, para el consumo, hechos a medida para el capitalismo salvaje, ideología de la adaptación, del adoctrinamiento, catecismo que incita al consumo, pero que alimenta los sistemas y no representa riesgo alguno.

CONCLUSIONES

Es imposible hablar del Festival Internacional de Teatro de Manizales y no sacar a relucir las sentidas carencias. Siempre, en la época del Festival, queda un sabor de frustración, porque siempre se espera más, porque quienes nos dedicamos al teatro en la ciudad, a nivel académico y artístico, podríamos hacer mucho por una mejor realización. Porque muchos

de los que lo hacen no tienen ni idea del arte teatral, están allí por casualidad, no aman el teatro, sino que son funcionarios ocasionales que posan de especialistas, de algo que no conocen, y se encargan de crearle mala imagen al Festival. Tratan de manera desobligante a la gente de Manizales, porque la creencia de algunos gestores locales y de algunos periodistas es que los extranjeros tienen más derecho a gozar del Festival, y que los demás somos espectadores o artistas de segunda categoría.

Es imposible hablar del Festival y no decir que durante los años ha perdido fuerza, que ha entrado en un ostracismo, en un estancamiento en su programación artística y en las actividades de formación. Se disminuyen los eventos de calle y hasta su promoción anual llega tarde a los medios. Pareciera que ya lo hacen por inercia, por cumplir sus compromisos – sobre todo internacionales– y mantener una programación anual. Últimamente se han hecho festivales muy reducidos, con programaciones raquílicas, sin eventos teóricos o, por lo menos, con simulacros mal agenciados. Excepción hecha de la celebración de los 50 años.

Es imposible no pensar en por qué se sigue haciendo un Festival, al que cada vez le es más difícil conseguir presupuestos a pesar del reconocimiento y el apoyo institucional. Por qué se hace un Festival que siempre está en déficit, que al terminar su programación queda debiendo mucho dinero y que además no tiene presencia durante el resto del año. Es imposible no pensar en la posibilidad de que haya otro Director, otra Junta Directiva, y no las mismas personas

que por décadas han estado allí, para bien o para mal, pero que parecen inamovibles, reelegidos eternamente y que los gerentes y gobernantes de la ciudad creen que son ellos o ninguno. Además, ya está en el imaginario, sobre todo de los políticos y de los círculos de poder, que estos eventos son indispensables para la subsistencia cultural de la ciudad, que aportan mucho, que la ciudad es reconocida en el exterior solo por el Festival, y que vivir de esa nostalgia es imprescindible, porque si pasa algo, se acaba, desaparece Manizales del mapa de Colombia y ahí sí quedamos desconocidos.

Sin embargo, ¿por qué no mantener un Festival que lleva 50 años? ¿Cómo no estar de acuerdo con los organizadores en tratar de mantenerlo, así sea sacrificando su nivel?, viviendo cada año los apuros propios de las coyunturas políticas y administrativas cuando se trata de solicitar presupuestos (trámites, años electorales, cambios administrativos, etc.). Una razón importante, en favor de los festivales, es que son la única manera de saber qué está pasando en el mundo en la creación teatral, pues sería muy complicado y costoso conocer de primera mano, de país en país, lo que está pasando con su desarrollo estético.

Como hecho cultural es algo insólito la realización de un Festival por 50 años. De hecho, es un milagro, por las múltiples razones de la política y la desidia oficial por los asuntos de la cultura. Sin embargo, qué fortuna tener un Festival Internacional de Teatro en Manizales y que haya gestores en la ciudad, con muy buenas relaciones con los políticos y la sociedad importante de Manizales, pues sin su anuencia sería

imposible realizar el evento. ¿O tal vez son ellos los más interesados en realizarlo? Y si la respuesta es sí, entonces el evento está a la medida de sus intereses y allí se expresan sus grandes ambiciones culturales.

En conclusión, estar contra el Festival es un acto irracional, es estar contra el arte, contra la ciudad y contra las personas “importantes” de la ciudad, que creen en las bondades eternas del evento y lo defienden como lo más sagrado de su vida. Sin duda, hay que reconocer en la Junta y sus directivas un tesón sin igual y una capacidad de resistir a prueba de todo, un aspecto en el que sucumben todos los gestores culturales. Sin embargo, el Festival se ha estructurado a través de los años para mantenerse en las peores condiciones económicas, al menos, eso es lo que trasciende en los medios y lo que todo el mundo sabe. Si algunos méritos tienen sus gestores, que son muchos, es su perseverancia y tolerancia en estos campos de la gestión cultural.

Sin embargo, los gestores se mantienen frente a eventos en déficit, porque hay otro tipo de rentabilidades. Los eventos andan en déficit, pero sus promotores son prósperos en sus economías y tal vez eso es lo que les permite mantenerse en tales empresas, porque a pesar de todo ellos siempre ganan, pero la ciudad también gana, ya nos han dicho en qué desde hace 50 años. Por ello, los políticos son más pródigos con los presupuestos para los eventos, que para los grupos en particular, pues tienen mayor rentabilidad política en su imagen. Los grupos locales pelean por una subsistencia exigua, que los limita en muchos aspectos y, al parecer, esto

beneficia a los políticos de la región y al evento.

En el texto presente hay una aparente contradicción frente al apoyo unánime que hay, en general, al Festival y su permanente déficit y necesidad de mayor presupuesto. ¿Qué evento en Colombia no está en déficit, desde el Iberoamericano de Teatro hasta una programación parroquial? Pero todos los eventos casi siempre se hacen y hay quienes están dispuestos a hacerlos por vocación u otros intereses. Con relación al Festival de Manizales, digamos que, en general, hay apoyo decidido, lo que demuestra su realización en la segunda época durante 35 años sin interrupción. Pero por la desidia oficial los presupuestos llegan tarde, y a veces recortan los montos establecidos, por limitaciones en las partidas generales, porque son muchas las obligaciones de las entidades del Estado y no pueden dejar de atender otras obligaciones, no solo en teatro, sino también en otras expresiones de la cultura. Por estas y otras razones, a pesar de tener un apoyo unánime en las autoridades políticas de la región, y sumando algunos administradores ocasionales que se salen del formato, el Festival sufre anomalías en sus presupuestos y por ende en su producción y realización cada año.